

Hansel & Gretel



PRÓLOGO

Tenía 15 años cuando escribí la frase: "*Hansel encontró el camino de regreso a casa porque era leproso.*" No recuerdo exactamente qué pasaba por mi mente en ese momento, pero sí sé que algo cambió en mí. Fue durante aquellos días cuando X, que aún se llamaba Twitter, estaba inundado con la moda de los microcuentos. Yo, que siempre había tenido una inclinación por lo oscuro, no quise quedarme fuera. Esa frase marcó el inicio de una idea que germinó lentamente en mi cabeza: ¿y si el cuento clásico de Hansel y Gretel tuviera un giro grotesco? ¿Qué pasaría si en lugar de ser una simple historia de superación infantil, se convirtiera en un relato donde los verdaderos protagonistas fueran el miedo, el dolor y la crudeza de lo desconocido?

Pensándolo bien, mi mentalidad grotesca no surgió de la nada. Desde los 13 años, en compañía de mi primo Arturo, me aventuré a explorar lo prohibido: a escondidas veíamos películas snuff y gore como *Brain Damage* o *Trauma*. Mientras otros jugaban a lo seguro, nosotros descubríamos mundos oscuros que desafiaban las normas. A eso se sumaba nuestro amor por el metal, una música que para nosotros no solo era ruido, sino un grito visceral contra todo lo establecido. Creo que esas experiencias moldearon mi fascinación por lo macabro y alimentaron la imaginación que, años después, daría vida a esta historia.

Pero no fue solo la música, el cine y la adolescencia lo que me inspiró. También están mis sueños bizarros, tan vívidos que muchas veces me hacían dudar de qué era real y qué no. Y, por supuesto, las experiencias sobrenaturales que viví mientras hacía mi servicio social como médico en zonas rurales, enfrentándome a lo

desconocido no solo en la naturaleza, sino en las miradas y relatos de las personas que atendí. Esos momentos, esos pequeños destellos de lo inexplicable, están aquí, plasmados en esta novela. Junto con mi imaginación, son los cimientos de esta versión de *Hansel y Gretel*.

No busco transmitir mensajes profundos ni moralejas ocultas. Esta historia no pretende enseñarte nada, solo quiere hacerte sentir. Lo que sea: miedo, asco, angustia o incluso un eco de tus propios recuerdos. Porque todos, en algún momento, hemos enfrentado algo que parecía más grande que nosotros. Y si algo logra esta novela, espero que sea llevarte de la mano a esos rincones oscuros de tu mente que tal vez preferirías no visitar.

Dado el contenido perturbador y las referencias a mantras satánicas presentes en este texto, te recomiendo leer el Salmo 91, conocido por su poder para brindar protección divina:

"El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo al SEÑOR: 'Refugio mío y castillo mío, mi Dios en quien confío'."

Recitar este salmo puede servir como amparo espiritual ante las inquietudes que puedan surgir durante la lectura. Después de todo, hay cosas que ni siquiera la imaginación más oscura puede controlar.

HANSEL y GRETEL

VERSIÓN

DR. J. D. DIGAR

Primera Parte



Dr. J. D. Digar

INICIO

*Desgarremos toda ley,
Amputemos la sensación de rechazo,
Comámonos la piel,
Y vivamos juntos hasta el fin de nuestros años.*

—El Leñador



EL HOGAR

Alemania, siglo XIX.

Los árboles pasaban los 33 metros de altura, su grosor era impresionante, parecían ancianos gigantes mostrando sus arrugas en símbolo de superioridad, tratando de tocar el cielo. Todo aparentaba tener mucha vida; la vida justa de un bosque en sus mejores días. Los pastos tenían ese tono verde encendido que los fanáticos de las postales buscan. Algunas enormes ramas adquirieron con el paso de los años una torsión muy particular, simulando enormes brazos que cruzaban de un árbol a otro y en lo que serían sus codos escurrían hermosas enredaderas con pequeños botones de flores amarillas.

Los ríos cascabeleaban y cruzaban entre los pies de los gigantes árboles con pequeños diamantes de luz producto del reflejo de los rayos del sol. Estos ríos purificaban el bosque llevándose las hojas caídas y muertas hacia un lugar que por ahora nadie conocía.

Todo se mantenía en equilibrio, en un estado natural, pero había algo que contrastaba.

Era una casa vieja de dos pisos absolutamente construida de madera; el color que la vestía parecía el traje percutido y sucio de una novia abandonada en el altar el día de su boda y como velo, portaba telarañas en todas las esquinas. El pasto seco, que trataba de apoderarse de los pies de la casa, era como las faldas del vestido roído que arrastraba con pena y rencor aquella casa vieja.

La madera que la formaba, así como los pisos y las escaleras, chasqueaban todas las noches como las articulaciones gastadas de una anciana solterona y malhumorada.

En la sala se erguía una chimenea construida de piedras del bosque, perfectamente unidas unas con otras con un poco de cemento; ésta asomaba al exterior por una de las esquinas de la casa.

El patio era en realidad un área donde se talaron algunos árboles, dejando una porción de ellos para ser utilizados como mesas o sillas, sin embargo, en este lugar el pasto no tenía nada semejante a lo que sería vegetación viva.

Esa era la casa de un leñador y su familia, integrada por un niño y una niña, ambos de 10 años, y su Madrastra.

Tiempo atrás, la casa tenía otra pinta ya que la madre biológica le había dado más vida a ese hogar, hasta que un día salió a buscar a su esposo para indicarle que la comida estaba lista, pero misteriosamente nunca regresó.

Se ordenó una búsqueda por todo el bosque con ayuda de perros y gente del pueblo cercano, ya que todos conocían muy bien a la “Hermosa esposa del Leñador”, como la nombraban.

Después de varias semanas de intensa búsqueda, sólo se halló un zapato femenino con restos de azúcar en el interior. El esposo lo tomó y, sin más ni menos, comenzó a llorar afirmando que se trataba de uno de los zapatos de su esposa.

La familia quedó marcada tras la desaparición de la madre biológica, quien siempre había sido un gran pilar para ese hogar, siempre demostró una gran firmeza y dedicación a su familia, la madre de aquellos niños siempre fue un ejemplo de entereza.

Su padre les contó que, cuando habían llegado a vivir a esa casa, su madre se encontraba embarazada de ellos dos...

CONTRACCIONES

El Leñador y su esposa llevaban ya cinco meses viviendo en el bosque. Ella amaba vivir ahí, ya que siempre había sido fanática de la vida fuera de una población, incluso tiempo atrás fantaseaba con lo que ahora era su hogar.

Desde pequeña imaginaba su vida en el bosque, donde ella y su amado cuidarían a los pequeños hijos que Dios les diera.

Cada piedra, cada árbol cortado en forma de mesa de jardín, cada columpio, así como cada ángulo y ventana de la casa, eran exactamente como el sueño perfecto de la Madre. La madera que su esposo había confeccionado era de perfecta calidad, en tanto que los detalles de las figuras de madera en el pasamanos de las escaleras habían sido tallados por el matrimonio del bosque, mientras esperaban con gran ilusión el nacimiento de dos gemelos de distinto sexo.

Julio 3. Una noche lluviosa.

—Cariño, esta lluvia parece que nunca va a parar, tendré que salir por madera para prender la chimenea. No tardo.

Dijo el Leñador a su esposa embarazada.

—Promete que no vas a tardar, no quiero salir por ti y traerte de las barbas.

Sonrió y acarició el rostro del Leñador.

—Lo prometo querida.

Se besaron y el Leñador salió.

Sentada en la orilla de la cama, en el segundo piso de la casa, la madre cosía unos lindos zapatos para los futuros pies que iban a divagar por las maderas de su casa.

Más tarde, decidió levantarse por una bola de estambre de distinto color para darle detalles originales a los zapatos que estaba confeccionando. Dicho estambre se encontraba en la parte superior de un mueble que contenía la ropa

del matrimonio, por lo cual, le obligaba a tomar una silla para alcanzarlo. La tomó y subió. Cogió el estambre rosa...

—¡Ah! ¡Dios mío!

Una contracción le hizo perder por un segundo la vista, fue tan fuerte que le hizo flexionar un poco las rodillas. Por poco y cae, pero pudo sostenerse rápidamente del mueble de madera. La bola rosa de estambre cayó y rodó hacia la entrada del cuarto. Su respiración adquirió un tono de nerviosismo y aceleración, no estaba segura de lo que era, pero la contracción por supuesto que la alertó. Bajó el primer pie de la silla...

—¡Ah! ¡Maldición, ahora no!

Vino una segunda contracción más fuerte, ésta hizo que doblara incluso la columna vertebral y perdiera el equilibrio. Cayó de rodillas, pero alcanzó a poner las palmas de las manos contra el suelo, pues, de no haber sido ágil, lo pudo haber besado.

Las contracciones eran cada vez más frecuentes, más fuertes y de mayor duración.

—¡Carajo, creo que los niños ya vienen! Dios mío, haz que venga mi marido. ¡Dios mío, ayúdame!

La lluvia aumentó en cantidad y un trueno alumbró todo el cuarto. Pasó de tener una alegre atmosfera de colores verdes y amarillos, a adquirir otra muy distinta. Las sombras de los árboles del exterior entraban al cuarto para ver el espectáculo de contracciones que la madre sufría. Las figuras de las paredes parecían estar atentas por lo fuerte que eran los dolores, las aves del bosque volaban hasta una de las ventanas del cuarto y la golpeaban con sus picos —¿la querrían quebrar?—. La madera de todo el cuarto comenzó a murmurar, a conversar, a tronar junto con los juguetes que no dejaban de mirar. Estaba totalmente oscuro, excepto cuando los truenos iluminaban el cuarto.

Los rostros de cada uno de los juguetes comenzaban a reír y a torcer sus cabezas como tratando de entender el panorama que las contracciones les mostraban.

La puerta se cerró de golpe junto con un trueno. Parecía que la lluvia había cesado, los pájaros ya no estaban en la ventana y la madera se había callado, pero... Alguien desde afuera del cuarto reía, corría por el pasillo, pero sonaba como si anduviera en cuatro patas. Ahora se escuchaba en el techo, gritaba con dolor y después reía, se burlaba de la Madre y sus contracciones. Había una ventana en el techo que el Leñador había diseñado para ver las estrellas, sin embargo, aquella cosa no se asomaba desde arriba. La Madre sintió un líquido correr por su entrepierna. El líquido que, por la altura de la noche y la lluvia, sumado a los truenos que de pronto alumbraban, no permitía distinguir el color, pero era obvio.

—¡Amor, la fuente se ha roto...!

La hermosa esposa del leñador gritó.

EL LEÑADOR Y EL BOSQUE

El Leñador se encontraba en lo profundo del bosque, había encontrado un área donde las hojas de los enormes árboles actuaban como techos para las pequeñas ramas que estaban debajo de ellos, evitando así que la lluvia las mojara. Dejó colgado en una pequeña rama el quinqué que llevaba en la mano y comenzó a cortar.

El bosque comenzó a silbar, o tal vez era el viento, o incluso tal vez las pequeñas sombras que estaban en las ramas más lejanas, esas sombras que parecían pequeñas personas observadoras, criticonas, risueñas, pero, sobre todo, atentas a cada una de las acciones del Leñador. Con cada uno de los cortes que daba a las ramas, esas sombras saltaban a otra gritando de dolor, como si algo las desgarrara por dentro. El grito pasaba de ser un silbido de aire a un desgarramiento de garganta. Algunos gritos parecían contener coágulos sanguíneos y las pequeñas sombras sonaban como si se ahogaran con su propia sangre.

El Leñador se daba cuenta de eso, pero no quería aparentar estar asustado, todo lo observaba de reojo, pero llegaba un momento en el que los gritos eran tan fuertes que un frío le recorría por la columna vertebral y pasaba a sus manos haciéndolas temblar e impidiendo darle al mismo lugar donde había cortado por primera intención.

¡Dejó de cortar, ya era suficiente leña!

Un trueno alumbró gran parte del bosque. Las sombras que creyó ver eran hojas secas que se movían bruscamente por los golpes de las gotas de lluvia.

Regresó la oscuridad al bosque, él estaba más tranquilo y sonrió.

Al girar para tomar el quinqué, escuchó un grito más. Este grito no era como los demás, este grito portaba una agudeza que lastimaba los oídos y terminaba con una risa que con el paso de los segundos se desvanecía.

Aquel grito tenía dirección —sí—, era obvio que había sido a la derecha, ¡era obvio!

Al voltear, había una mujer muy delgada parada frente a él, a un par de metros. Traía un vestido negro absolutamente roído y, al parecer, quemado, el cual el viento movía violentamente en distintas direcciones. Su rostro apenas se veía en la oscuridad, pero se podía notar que ella observaba al Leñador; el iris de sus ojos era rojo escarlata. No tenía cejas ni pestañas. Tenía la boca la muy abierta, no era posible abrirla tanto a menos que estuviera dislocada, y las encías le sangraban al igual que el labio inferior. Gritaba con dolor mientras levantaba la mirada al cielo. Tenía demasiadas arrugas, al igual que heridas en toda la piel. Su cabello era largo pero escaso. Las mangas del vestido le llegaban a los codos, en donde su piel mostraba algunas ampulas, al igual que sus tobillos y dedos que salían de aquel vestido negro.

El aire tomó de pronto un olor putrefacto, parecía que todo estaba rodeado de mierda; era un olor muy penetrante. El Leñador tosía y casi vomitaba.

La mujer tenía una lengua muy larga y negra, la cual sacaba y metía al mismo tiempo que gruñía. De pronto se quedó quieta, seguía parada viendo al Leñador, pero... parecía que estaba unos metros más cerca que antes. Comenzó a extender poco a poco su lengua negra; parecía que la estaba vomitando y se movía como una putrefacta serpiente.

¡Dejó de derramar lengua!

La mujer, de pronto, violentamente giró su cuello y lo fracturó para poder ver hacia un árbol y con una enorme rapidez corrió en cuatro patas hacia éste y lo trepó. Gimiendo, gritando, hablando, o fuera cual fuera el sonido que emitía, subió con rapidez. En ocasiones se detenía y volvía a fracturar su cuello para mirar al Leñador y posteriormente volvía a escalar. Las pequeñas sombras aparecieron de nuevo, pero en esta ocasión, conforme la mujer iba escalando, las iba pisando, y las pequeñas sombras gritaban como ratas quemándose vivas.

¡Huye, estúpido barbón!

El Leñador corrió a casa sin soltar la madera, era algo así como su protección. La lluvia había empeorado y el aire estaba enfurecido: intentaba tirarlo en el camino y las ramas lo golpeaban, los truenos imponían respeto.

Llegó a casa...